

46
NT 83144
MAXIMO GORKY

LENIN



BIBLIOTECA DE MEXICO.

Biblioteca Internacional

Uruguay 73, México, D. F.

Precio: 5 Cvs.

Vladimir Ilich

LENIN

—

Lenin, partidario de la teoría que afirma que el papel del individuo en el proceso del desenvolvimiento de la cultura es nulo, es, en mi opinión un creador de energías, sin el cual la Revolución Rusa no hubiera podido revestir las formas que ha adoptado.

Me ha ocurrido compararle, condicionalmente, con Pedro el Grande. Se han reído de esta comparación por encontrarla exagerada. La comparación no era más que relativa y condicional, porque el papel de Lenin, como reformador social de Rusia, me parece inferior al suyo propio como revolucionario mundial. No es sólo el hombre a cuya voluntad ha impuesto la historia la penosa misión de labrar hasta las más hondas capas este hormiguero humano barroso, abigarrado, perezoso, que se llama Rusia, su voluntad es un ariete despiadado, cuyos potentes golpes destruyen las construcciones monumentales de los Estados capitalistas de Occidente y los horribles bloques seculares de los despotismos de Oriente.

Sigo creyendo que Rusia no es para Lenin más que

un campo de experiencias, de experiencias cuyo alcance debe ser mundial, planetario. Esta idea, ensombrecida por un sentimiento de piedad hacia el pueblo ruso, me indignaba en otro tiempo; pero hoy, al ver que el curso de la revolución rusa se profundiza y extiende cada vez más, suscitando y organizando fuerzas capaces de destruir los fundamentos mismos de la sociedad capitalista, hoy me parece que sería injusto, si el destino de Rusia es servir de campo de experiencias, hacer responsable de esto al hombre que se esfuerza por transformar la energía potencial de la masa trabajadora rusa en energía cinética, activa.

Es justo que a cada uno se le pague con arreglo a sus méritos. Un pueblo gangreado en la reducida atmósfera de la monarquía, inactivo y sin voluntad, un pueblo falto de fé en sí mismo, que no es bastante "burgues" para ser fuerte en la resistencia, ni bastante fuerte para matar su miserable tendencia al bienestar burgués, debe indudablemente conocer, por la lógica misma de su mediocre historia, los dramas y las tragedias inherentes a la existencia de una raza pasiva que vive en una época de lucha de clases encarnizada, cuya expresión más infame es la guerra de 1914 - 1918.

Ciertamente, no tengo la intención de escribir un alegato en favor de Lenin. Ni él ni yo sentimos esta necesidad.

Pero le conozco algo, y cuando algunas gentes que se precian de "pensar objetivamente" le imputan la responsabilidad de una áspera guerra civil, del terrorismo y otros crímenes, me acuerdo de Lloid George, que en 1913 y 1914 deseaba un buen viaje a los estudiantes ingleses que partían para Alemania, recibía en Inglaterra a los maes-

tros alemanes y pronunciaba tan bel os discursos sobre el pueblo alemán, al mismo tiempo que afiaba las bayonetas y cargaba los obuses que habían de desgarrar muy pronto la carne de los alemanes.

Todos estos "grandes hombres", y entre ellos el más grande y el cínico más impudico, Clemenceau, el "ingenuo" demócrata romántico Wilson, los socialistas que votaron los créditos de guerra para la carricería europea, los sabios inventores de gases asfixiantes y demás infamias, los poetas que en 1914 maldecían a Alemania y en 1918 maldecían a Inglaterra, toda esta espuma y hez de la vieja sociedad delicuecente ha herido profundamente, acaso mortalmente, con su mano miserable, la cultura europea, y sigue desgarrando sádicamente a Rusia, fomentando en ella la guerra civil, aplastándola por el bloqueo, matando a sus niños de hambre y de frío.

Los errores -si se debe hablar de ellos- no son crímenes. Los errores de Lenin son los de un hombre honrado; el mundo no ha conocido todavía un reformador infalible. Pero Lloid George, Clemenceau y consortes, que condenan a todo un pueblo a los tormentos del hambre y del frío, perpetuando una guerra civil literalmente absurda -pues en Rusia, aparte de los bolcheviques, no hay fuerza alguna capaz de tomar el Poder y de despertar para el trabajo productivo las energías de un país agotado-, Lloid George y Clemenceau sí son infalibles, como viejos forzados, como profesionales del asesinato.

Volviendo a Lenin, debo decir que mis simpatías personales no intervienen en lo más mínimo cuando hablo de él. Le considero un hombre digno de ser observado estudiado como todos los demás sujetos, de observación y estudio que no pueden dejar de interesar a un cronis-

ta como yo de las costumbres de mi país

Lenin habla en las reuniones obreras. Su verbo es de una simplicidad sorprendente. Sus palabras son de hierro; su lógica, la del hacha; pero nunca le he oído una frase de grosera demagogía o de vulgar elocuencia. Habla siempre de la misma cosa: de la necesidad de suprimir de raíz la desigualdad social y de los medios de conseguirlo. Esta antigua verdad vibra en sus labios con un sonido claro, inaplazable. Y se advierte siempre que cree en ella inquebrantablemente, que tiene la fé serena de un fanático, que no es un metafísico ni un místico. Me parece que lo individual, lo humano, apenas le interesa, que sólo piensa en los partidos, en las masas, en los Estados. En este terreno, goza la previsión, de la intuición genial de un pensador experimentador. Posee esa dichosa claridad del pensamiento que sólo se obtiene a costa de una labor tenaz, ininterrumpida.

Un francés me preguntó una vez:

-¿No le parece que a Ud. que Lenin es una guillotina que piensa?

Y yo le respondí:

-Yo compararía mejor el trabajo de su pensamiento al de un martillo-pilon dotado de conciencia-, cuyos golpes redujesen a polvo lo que desde hsce mucho tiempo era preciso destruir.

Lenin debe parecer a los pequeños burgueses del mundo entero el atila venido para entrar a saco en la Roma del confort y de la felicidad mediocre, fundada en la esclavitud, la sangre y la rapiña. Pero así como la Roma antigua mereció su caída, los crímenes del mundo moderno justifican su necesaria destrucción. Esta necesidad histórica, nada ni nadie puede alejarla.

Se apiada la gente a veces de la preciosa cultura europea, se habla con aflicción de la necesidad de preservarla de una nueva invasión de los hunos. Semejantes cosas solo son sinceras y sensatas en boca de un revolucionario; en la de los organizadores y cómplices de la vergonzosa matanza de 1914-1918; no son más que una repugnante mentira.

El proceso del desenvolvimiento de la cultura, si por tal debe entenderse el progreso ulterior de la ciencia, de arte, de la técnica y, paralelamente, la humanización del hombre, no puede detenerse, porque en vez de ser la obra de decenas de miles de individuos, lo sean de las masas formadas por millones de hombres.

A veces, las audacias de imaginación propias de todo escritor me llevan a plantearme la cuestión siguiente:

-¿Cómo concibe Lenin el mundo nuevo?

Y entreveo este grandioso cuadro: la tierra parece una prodigiosa esmeralda magníficamente tallada y engastada por el libre esfuerzo humano. Todos los hombres están dotados de razón. Cada uno se siente personalmente responsable de lo que hace y de lo que se hace en torno suyo. Por todas partes hay ciudades-jardines, donde se erigen hermosos edificios. Las fuerzas de la Naturaleza, organizadas y sometidas por su razón, son utilizadas por el hombre que se siente - por fin! - el verdadero dueño de los elementos. Ya no gasta su energía física en trabajos sucios y groseros; se ha espiritualizado. Todo su poder se consagra al estudio de los problemas esenciales de ser, que aborda en vano, desde hace largo tiempo, el pensamiento humano, turbado y desorientado por los esfuerzos necesarios para explicar los hechos de la lucha social, torturado por la conciencia, inevitable en

el mundo en que reinan estos hechos, del combate eterno de los principios irreconciliables.

Ennoblecido por la técnica y habiendo adquirido una finalidad social, el trabajo ha llegado a ser un placer para el hombre. La razón humana—lo más precioso del Universo—es, por fin, liberada, y, en lo sucesivo, nada temerá ya.

Intrepidez de espíritu y profundo perspicacia política: tales son los rasgos esenciales de la naturaleza de Lenin. Nunca hasta ahora había oído el mundo lenguaje comparable al de la diplomacia que inspira. Que sea brutal, que destroce horrosamente los tiernos oídos de los diplomáticos de frac y smoking, conformes; pero es un lenguaje moralmente verídico. Y la verdad seguirá siendo brutal mientras no la hagamos bella, tan bella como nuestra música, que es una de las buenas verdades que hemos creado.

No pienso atribuir a Lenin sueños que le son ajenos. No creo romantizarle. No puedo figurármelo sin ese magnífico sueño de la felicidad futura del hombre, de la vida radiante y clara. Cuanto más grande es un hombre, más audaces son sus sueños.

Lenin es más grande que cualquiera de mis contemporáneos, y aunque su pensamiento esté con frecuencia absorto en consideraciones políticas que un romántico calificaría de "estrechamente prácticas," estoy convencido de que en raros instantes de ocio su pensamiento vuela hacia un porvenir maravilloso, mucho más lejano del que yo puedo concebir.

La felicidad humana, común a todos los hombres, es el fin esencial de la vida de Lenin, que debe percibir, en la lejanía de los siglos, el fin del, gran proceso, cuyo punto de partida es la voluntad ascética y valerosa. Es un

idealista, si por tal se entiende la cohesión de todos los impulsos naturales de una sola idea: la idea de la felicidad común. Su vida privada es tal, que en una época religiosa le habrían hecho santo.

Los pequeños burgueses se esperarán, sonreirán numerosos camaradas, y el mismo Lenin romperá a reír. Lo sé. Un santo! Esta palabra resulta ridícula y paradójica y aplicada al hombre "para quién no hay absolutamente nada sagrado," como dijo acerca de él un "hombre —dios" revolucionario de otro tiempo, N. Tchekovsky. Santo, este Lenin a quien lord Churchill, el jefe de los conservadores ingleses, individuo instruido y de buenos modales, llama "el hombre más cruel y repugnante"!

Pero el honorable lord no negará que la santidad religiosa raramente excluye la dureza y la crueldad, como acreditan los sangrientos pugilatos de los Padres de la Iglesia en torno de los Concilios universales, Inquisición y otras muchas villanías. Además, la vida cívica crea siempre muchos más santos verdaderos, si por santidad se entiende la congregación audaz y desinteresada a los intereses del pueblo, a la Libertad.

Realista austero y político sagaz, Lenin se va haciendo poco a poco un personaje legendario. Y está bien.

Desde el fondo de las apartadas regiones de la India, caminando en secreto por los senderos de las montañas y los bosques, arriesgando la vida, algunos indios, atormentados por el yugo secular de los burócratas ingleses, vienen a Caboul a preguntar a la misión rusa:

-¿Quién es Lenin?

Y en el otro extremo de la tierra, los trabajadores no ruegos dicen a todo ruso con quien se encuentran:

Lenin es el mejor hombre que ha habido en el mundo.

Todo está bien. La mayoría de los hombres necesitan creer para empezar a obrar. Esperan que comiencen a pensar y a comprender cuando el genio del mal del Capitalismo les aplasta por la miseria, el alcoholismo, el agotamiento sería demasiado largo.

Parece necesario recordar que los entusiasmos de la amistad -como en general todo lo que es humano- no son extraños a Lenin. Es un poco desagradable, algo ridículo, hablar siquiera de ello; pero están tan espantados los burgueses de todo el mundo, y lord Churchill, volviendo los ojos hacia Occidente, se exaspera de un modo tan deplorable para su propia salud! Lleno de compasión me creo obligado a tranquilizar un poco a los temerosos, a los irritados y a todos los demás enemigos del Bolchevismo.

Lenin, por lo general, concede demasiado valor a las buenas cualidades de las gentes, para provecho de éstas, pero en perjuicio de la causa. Más casi siempre sus opiniones desfavorables -que pueden parecer a veces desprovistas de fundamento- son infaliblemente confirmadas por la actividad ulterior de aquellos a quienes juzgó antes de conocer los resultados de su trabajo. Esto puede servir para probar, o que Lenin percibe mejor los defectos de las personas que sus virtudes, o que hay en todas partes normalmente más gente mala que útil.

A veces, en este duro político brilla la llama de una ternura casi femenina, y estoy seguro de que el terror le cuesta sufrimientos intolerables, aunque muy ocultos. Es inverosímil e inadmisible que hombres condenados por la Historia a esta contradicción: matar a unos para la libera-

ción de los otros, no sientan en el fondo de su alma horrorosas torturas. Conozco muchos ojos en los cuales ese dolor acerbo se ha posado para siempre, para toda la vida. Todo homicidio me inspira una repulsión física; pero esos hombres son mártires que mi conciencia nunca me permitirá condenar.

Observo que, hablando de Lenin, se querría hablar de todo, a pesar de uno; y no puede, sin duda, ocurrir otra cosa, porque se habla de un hombre colocado en el centro y por encima de todo.

Naturalmente, pueden decirse sobre él muchas más cosas que las consignadas aquí. Pero me encuentro paralizado por la modestia del hombre completamente desprovisto de vanidad, que no dejará de hallar superfluo, exagerado, ridículo, todo lo que acabo de decir. Que se ría, ya que sabe reír bien! Confío, sin embargo, en que muchos leerán estas líneas con algún provecho.

Estas líneas han sido consagradas a un hombre que ha tenido la audacia de comenzar la revolución europea, en un país donde casi todos los campesinos quieren ser pequeños burgueses acomodados, y nada más. Semejante intrepidez les parece una locura a muchísimas personas. Yo inauguré mi obra de instigador del movimiento revolucionario cantando la santa locura de los intrépidos.

Hubo un tiempo en que un sentimiento natural de piedad por el pueblo ruso me hizo considerar esta locura casi como un crimen. Hoy, que

veo al pueblo ruso mucho más capaz de sufrir pacientemente que de trabajar con conciencia y probidad, vuelvo a cantar la santa locura de los intrépidos.

Y Vladimir Lenin es, entre ellos, el primero y el más loco.

MAXIMO GORKY.



 **CONACULTA**

BIBLIOTECA DE MÉXICO

“JOSÉ VASCONCELOS”

JUSTICIA SOCIAL